Miércoles, 13 de marzo 2013

Reinventar América

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/03/reinventing-america.html

Han pasado más de un año desde que mis escritos en el informe del Archidruida se apartaron del tema global de este blog, la decadencia de la civilización industrial, para considerar el ascenso y la caída inminente del imperio global de Estados Unidos. Fue un desvío necesario, y los puntos que he tratado de explorar desde el pasado febrero tendrán poco impacto en el resultado de la trayectoria más amplia de nuestra época.

Sólo en los mundos imaginarios construidos por locos y políticos el mundo se limita a una sola crisis a la vez. En el mundo real, por el contrario, las crisis múltiples, amontonadas una sobre otra son la regla más que la excepción. Muy a menudo es la presión de los problemas inmediatos lo que trae una solución a las grandes crisis que una época no puede arreglar. Aquí en Estados Unidos, al menos, esa es la situación que enfrentamos hoy en día. El fin de la era industrial, y el largo descenso hacia las sociedades ecotécnicas de un futuro lejano, define el más espinoso de los conceptos de nuestro tiempo, pero cualquier acción que pudiera adoptar los Estados Unidos para hacer frente a ese enorme problema también tiene que hacer frente las repercusiones enormes pero más inmediatas del final de la edad imperial de Estados Unidos.

Esta última cuestión tiene mucho que decir acerca de lo que las respuestas a la situación anterior son y no son viables para nosotros. Por ejemplo, entre la minoría de estadounidenses que se han dado cuenta del crepúsculo inminente de la era de la energía barata, con mucho, la respuesta más popular es la esperanza de que alguna suerte de gran proyecto tecnológico se pueda implementar para sustituir los combustibles fósiles y mantener rodando en el futuro previsible lo JHK llama “el paraíso del automovilismo feliz”. Es una esperanza comprensible, basada en los recuerdos populares del Proyecto Manhattan y el programa Apolo. Hay sólidas razones termodinámicas por las que un proyecto de ese tipo no podría sustituir a los combustibles fósiles, pero vamos a establecer que, de momento, hay una cuestión más inmediata: ¿puede permitirse una América post-imperial cualquier proyecto de esa magnitud?

Aquí la historia es una guía mucho más útil que la expresión de los deseos y la retórica de la animadora que a menudo se utiliza para juzgar esas posibilidades. Lo que la historia muestra, resumiendo ejemplos de miles de años en unas pocas palabras, es que los imperios alcanzan sus mayores proyectos en sus principios, cuando el flujo de riqueza desde la periferia hacia el centro imperial (lo que he llamado la bomba de riqueza imperial) está en su apogeo, antes de la periferia sea despojada de los bienes que puede exportar y de que el centro se haya deslizado demasiado en la inflación que tarde o temprano acosa a cada sistema imperial. Cuanto más tiempo dura un imperio y más gravosa es la carga que impone sobre su periferia, más difícil es poder liberar grandes cantidades de dinero (o su equivalente en recursos no financieros) para grandes proyectos, hasta que finalmente el gobierno tiene que luchar duro para pagar incluso los gastos más urgentes.

Estamos (los Estados Unidos de hoy) muy avanzados en esa curva. La desintegración continua de nuestra infraestructura es sólo una de las muchas luces intermitentes de color rojo brillante, que indican problemas, advirtiendo de que la bomba de la riqueza se está agotando y los beneficios del imperio ya no están apuntalando una economía en desintegración. El caso es que la mayoría de los estadounidenses han visto un constante declive en su nivel de vida durante décadas. Hace cincuenta años, por ejemplo, muchas familias estadounidenses de la clase trabajadora con un solo ingreso a tiempo completo eran dueños de sus propias casas y vivían una vida relativamente cómoda. ¿Qué pasa hoy? En muchas partes del país, los ingresos de un obrero a tiempo completo apenas llegan para que a su familia no viva en la calle.

La respuesta habitual del gobierno de Estados Unidos al gripado de la bomba de la riqueza imperial ha obtenido una abundante cosecha de críticas, gran parte de ellas fundadas. Después de todo, casi

siempre que la política económica se centra en la producción masiva de riqueza imaginaria a través del fomento deliberado de excesos especulativos no es una buena idea. Aún así, es justo señalar que en realidad cualquier administración estadounidense no pudo haber hecho mucho más para sobrevivir al menos hasta la próxima elección. En resumen, la mayoría de los estadounidenses creen en la prudencia fiscal, pero cuando cualquier movimiento hacia la prudencia fiscal corre el riesgo de aplicarse en una época de contracción económica (y pondría fin a los estilos de vida extravagantes que la mayoría de los estadounidenses ven como normales), las consideraciones abstractas se abandonan rápidamente.

Por lo tanto es una apuesta segura que el gobierno federal mantendrá la economía global mediante el bombeo de riqueza imaginaria gracias a la impresión de dólares de la Fed, mediante tasas de interés artificialmente bajas y con una increíble variedad de trucos similares, para de sostener la ilusión de abundancia un poco más de tiempo, y mantener a raya a los grupos de presión que se agolpan en torno al comedero gobierno. A la larga, es un juego de idiotas, pero nadie en Washington DC puede permitirse el lujo de pensar en el largo plazo, no cuando su supervivencia política depende de lo que ocurre en este momento.

Ese es el gran escollo en el camino de los grandes proyectos que aún ocupan tanto espacio en la blogosfera picoilera: los satélites solares, la construcción masiva de reactores de torio, los proyectos para convertir una porción sustancial de Nevada en granjas de biodiesel de algas, o lo que sea. Cualquier proyecto que fuese comercialmente viable ya estaría en funcionamiento, con el petróleo crudo rondando los 100 $ el barril en los mercados mundiales hay un montón de incentivos para que los empresarios inviertan en nuevas tecnologías energéticas. A falta de viabilidad comercial un proyecto de este tipo tendría que encontrar una amplia financiación del gobierno federal y cualquier propuesta de este tipo se encuentra con la dura realidad de que cada dólar que sale de imprenta de la Fed ya tiene una jauría de hambrientos grupos de presión aullando por él.

Es fácil declarar que los satélites solares son más importantes que, por ejemplo, los aviones de combate, el Departamento de Educación, u otro programa federal, y en un buen número de casos, esta declaración probablemente sea cierta. Por otro lado, los aviones de combate, el Departamento de Educación, y otros programas federales existentes tienen apoyo en grandes circunscripciones y políticos listos que los respaldan, que están financiados por personas cuyas vidas dependen de esos programas, y que tienen mucha experiencia en ejercer presión sobre el Congreso y sobre la presidencia si sus programas están amenazados. Es fácil insistir, también, en que los políticos deberían hacer caso omiso de tales presiones, pero los que quieren sobrevivir a la próxima elección no pueden permitirse ese lujo.

Mientras tanto, la base económica que podría hacer posible la construcción de tecnologías de energía alternativa ha terminado agostándose. Los Estados Unidos es un país próspero sobre el papel, debido a la riqueza imaginaria fabricada por la industria financiera y aún encuentra compradores que están dispuestos a apostar a que el BAU continuará por un tiempo más largo. Eso sí, la riqueza de papel del gobierno se sustenta en encontrar quien le compre, la mayoría de las letras del Tesoro actualmente están siendo compradas por la Reserva Federal, y aunque se han citado diversas razones para esta política, he llegado a sospechar que la mayoría de lo que hay detrás de esto es el simple hecho de que la mayoría de los compradores potenciales no están interesados.

Si la ley de la oferta y la demanda llegara a entrar en juego, los tipos de interés de las letras del Tesoro tendrían que aumentar a medida que el número de compradores se reduce. El doble golpe de una recesión importante y un fuerte incremento en el coste financiero de la deuda nacional no es algo que cualquier gobierno de Estados Unidos se pueda permitir: casi con total seguridad desencadenaría una masiva crisis económica y política (que todo el mundo está tratando de evitar desesperadamente). En cambio, el torrente de liquidez de papel sirve para que eso suceda más lentamente y de forma menos visible a medida que las naciones acreedoras aprovechan ese torrente y lo utilizan para superar la oferta de los Estados Unidos en la lucha mundial, cada vez más enconada, por lo que queda de los combustibles fósiles y otros recursos no renovables del planeta.

Un gran número de personas se preguntan estos días cuando va a estallar la burbuja de papel de Estados Unidos (riqueza que, por supuesto, no es más que papel). El estallido podría suceder, especialmente como efecto secundario de una crisis política o militar lo suficientemente intensa, pero

también es posible que los billones de dólares de riqueza imaginaria que apuntalan actualmente la economía nacional de los Estados Unidos podrían consumirse poco a poco, de manera más gradual, en la estanflación o cualquier de las otras formas habituales en que se manifiesta la disfunción económica prolongada. Podríamos, en otras palabras, tener el tipo de crisis masiva que deja a millones de personas sin trabajo y hace que se evaporen billones de dólares de riqueza de papel en cuestión de meses; igualmente podríamos ver otro tipo más largo y menos evidente de crisis, en la que cada año que pasa una fracción cada vez mayor de la población es expulsada del mercado de trabajo, desaparece un porcentaje cada vez mayor de la riqueza de la nación reducida a papel (aunque sólo fuera un montón que nadie estaba dispuesto a comprar), y una parte cada vez más grande de la nación misma se transforma visiblemente en una nación del Tercer Mundo, más empobrecida y mal gobernada.

De cualquier manera, la desintegración económica está destinada a terminar en una crisis política. Toma una cultura cualquiera que asuma una curva infinita de aumento de la prosperidad, y ponla en un marco histórico donde nunca podrá alcanzar la riqueza y antes o después vas a tener una revolución. Una mirada retrospectiva a la historia del comunismo es un buen recordatorio de lo que ocurre en la esfera política cuando la retórica se alejan mucho de la realidad y las expectativas sembradas y cultivadas por un sistema político se contradicen a diario por las realidades a las que se enfrentan sus ciudadanos. A medida que el sueño americano se hunde en una pesadilla americana de pobreza general, se desintegra la infraestructura y se extiende la desesperanza, con un barroco y burocrático Estado disfuncional que parlotea acerca de la libertad, mientras que insiste en voz alta en su supuesto derecho constitucional de cometer crímenes de guerra contra sus propios ciudadanos, escenas como las que se dieron en una docena de capitales de Europa del Este a finales del siglo 20 no son impensables en los EE.UU..

Sea cual sea la manera particular en que se manifieste la crisis final, es una apuesta segura que va a marcar el final de lo que, en los últimos sesenta años más o menos, ha sido el BAU en los Estados Unidos. Como se discutió en un artículo anterior de esta serie, esto ha sucedido muchas veces antes. Es tan antiguo como la propia democracia, y se le dio un nombre, anaciclosis, en la antigua Grecia. Tres versiones anteriores de los Estados Unidos (la América colonial, la Federal, y la de la Edad Dorada) siguieron la misma trayectoria hacia una crisis demasiado familiar desde la perspectiva actual. El exceso de poder político es acaparado por grupos de presión con agendas incompatibles, lo que resulta en paralización, fracaso político, y colapso de legitimidad (en dos de cada tres casos tuvo que ser restablecido por el camino difícil, en el campo de batalla). Estamos en camino en esta ocasión, también como en las anteriores, de que la América Imperial acabe en el cubo de la basura de la historia.

Nuestro cuarto viaje por los períodos de anaciclosis puede llegar a ser mucho más difícil que los tres primeros, en parte por las razones ya exploradas en esta secuencia de posts, y en parte debido a otro factor global. Las razones discutidas antes son el ocaso del imperio global de Estados Unidos y el fin de la era de la energía barata y abundante, que garantizan que lo que resulte de esta ronda de anaciclosis tendrá que arreglárselas con una riqueza real mucho menor que cualquiera de sus predecesoras recientes. La razón que aún no he descrito es algo más sutil, pero en cierto modo aún más potente.

Las crisis que pusieron fin a la América colonial, la América Federal y la edad dorada sucedieron en parte debido a que una visión particular de lo que era, o podría ser, América estaba fatalmente fuera de sintonía con los tiempos, y tuvo que ser reemplazado. En dos de los tres casos, hubo otra visión alternativa de futuro: en 1776, la visión de una república independiente que incorporaba los ideales de la Ilustración; en 1933, la visión de un gobierno central poderoso utilizando sus abundantes recursos para dominar el mundo, mientras internamente incorporaba las promesas de la socialdemocracia. (Por favor, ten en cuenta que no se trata de socialismo, entendido como propiedad estatal de los medios de producción, sino socialdemocracia, la extensión de los ideales democráticos en el ámbito social por medio de programas de bienestar social del gobierno Los dos conceptos no son lo mismo, y es una de las rémoras intelectuales más embarazosas del seudoconservadurismo americano de hoy, que tan a menudo se esfuerza en aparentar lo contrario).

En la tercera, en 1860, había no una, sino dos visiones que competían: una que logró la mayor parte de su apoyo en los estados al norte de la línea Mason-Dixon, y uno que atrajo la mayor parte de su apoyo de los estados al sur de la misma. Lo que hizo que los conflictos que condujeron a Fort Sumter fueran tan difícil de resolver, precisamente, es que la cuestión no era simplemente la sustitución de unos

ideales fallidos por otros que podrían funcionar, sino decidir cuál de los dos nuevos ideales se asentaría. ¿Podrían los Estados Unidos convertirse en una sociedad agraria aristocrática, totalmente integrada con la economía y la cultura global del siglo XIX, al igual que las naciones del sur, (entre el Río Grande y Tierra del Fuego) o seguirían su propio camino, aislándose económicamente de Europa para proteger su emergente sector industrial y rechazar con decisión las trampas de la cultura aristocrática europea? La competición entre las dos visiones fue de tal intensidad que hicieron falta cuatro años de guerra para determinar cual de ellos triunfaría en una nación unida.

Nuestra situación en los últimos años de la América Imperial es muy diferente, porque aún no ha tomado forma ninguna visión que pudiera sustituir la política exterior imperial y la socialdemocracia social interna de 1933. La imagen de los Estados Unidos acuñada por Franklin Roosevelt durante los años traumáticos de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial sigue guiando a los dos principales partidos. Los republicanos, a pesar de su afán de criticar el legado de Roosevelt, han demostrado ser tan rápidos a la hora de usar fondos federales para agendas sociales como cualquier demócrata, mientras que los demócratas, a pesar de sus declaraciones de boquilla por los ideales de la paz mundial y autodeterminación nacional, han demostrado ser tan ávidos de ejercer el poderío militar de Estados Unidos por todo el mundo como cualquier republicano.

Ambos lados de la visión de América Imperial dependían totalmente del acceso a la riqueza extravagante que Estados Unidos podía obtener en 1933, en parte de su imperio económico ya importante en América Latina, en parte por el "imperio de tiempo", enterrado en las minas de carbón de los Apalaches y los campos de petróleo de Pennsylvania y Texas. Como esos imperios ahora ya no existen, todo lo que depende de ellos va a desaparecer inevitablemente y sin embargo nadie en la vida pública estadounidense ha comenzado a lidiar con la realidad de una América post-imperial y post-industrial, donde los debates sobre la distribución equitativa de la riqueza y la extensión del poder nacional en el extranjero tendrán que ceder el paso a los debates sobre la distribución equitativa de la pobreza y la retirada del poder militar dentro de las fronteras de los Estados Unidos y para aquellas pocas responsabilidades que la constitución asigna al Gobierno federal.

Todavía no tenemos la visión que podría guiar ese proceso. A veces pienso que tal visión comenzó a surgir, torpemente y de manera incompleta, a raíz de las convulsiones sociales de la década de 1960. Durante la década de los años 1970, entre el impacto de la crisis energética, el clamoroso fracaso de las aventuras imperiales de la década anterior en Vietnam y en otros lugares, y el acto de memoria colectiva que rodeó al bicentenario de la nación, fue posible durante algún tiempo hablar en público sobre los valores de la sencillez y la autosuficiencia, los puntos fuertes de la tradición local y la memoria, y las cosas que valen la pena que se perdieron en el curso de la carrera precipitada de los Estados Unidos Imperiales.

He hablado en otro lugar sobre la forma en que esta visión naciente ayudó a guiar los primeros pasos prometedores hacia tecnologías y estilos de vida que podrían haber tendido un puente entre la era de la energía barata y abundante y un futuro sostenible de relativa comodidad y prosperidad. Sin embargo, como sabemos, eso no es lo que sucedió; las esperanzas de aquellos años se redujeron a pulpa sanguinolenta por la contrarrevolución de Reagan, la América Imperial retornó con ansia de venganza, y el robo al futuro se convirtió en la pieza central del consenso bipartidista que hoy ha quedado firmemente asentado.

Así, una de las tareas centrales de los estadounidenses de hoy, mientras se tambalea ciegamente hacia su final la era imperial de nuestra nación, es la de reinventar América: es decir, encontrar nuevos ideales que puedan proporcionar un sentido de propósito colectivo y de significado en una época de des-industrialización y de declive económico y tecnológico. Necesitamos, si se quiere, un nuevo sueño americano, uno que no requiera promesas de abundancia material ilimitada, que no dependa de los beneficios del imperio ni del ansia temporal de riqueza que nos dio la extracción los insustituibles recursos naturales de un continente en unos pocos siglos.

Creo que se puede lograr, aunque sólo sea porque se ha hecho ya tres veces. Por lo demás, los Estados Unidos está lejos de ser la única nación que ha tenido que buscar un nuevo significado para ella misma en medio de la crisis, y un buen número de otras naciones han tenido que hacerlo, encarando con

fiereza el ocaso y el fracaso de un sueño extravagante. Tampoco serán los Estados Unidos la única nación que se enfrente a un desafío similar en los próximos años: entre los cambios tectónicos en la geopolítica que inevitablemente seguirá a la caída del imperio de los Estados Unidos y las mucho mayores transformaciones que se pondrán en marcha por la inmediatez del fin la era industrial, muchas de las naciones del mundo tendrán que hacer frente a una labor similar de revisión.

Dicho esto, nada garantiza que Estados Unidos pueda encontrar la nueva visión que necesita, simplemente porque la necesite y ya es muy tarde. Aquellos de nosotros que vemos el potencial y la esperanza de dar con ella, tendremos que darnos prisa.